

plano, a los tres hombres en su intimidad, desnudos de alma en lo sagrado de una carta, donde los humanos aparecen más como son, aunque haya histriones que se automonumentalizan pensando que no se les ve la trampa.

En el libro *Unamuno y Maragall: Epistolario y escritos complementarios*, Barcelona, 1951, dice don Miguel a don Juan—carta de 15 de febrero de 1907, el año de *Poesías* del primero, a sus cuarenta y tres años—:

En su última carta me hablaba usted de mi tienda de campaña. Sí, en mi vida de lucha y de pelea, en mi vida de beduino del espíritu, tengo plantada en medio del desierto mi tienda de campaña. Y allí me recojo y allí me templo. Y allí me restaura la mirada de mi mujer, que me trae brisas de mi infancia. Nos conocimos, de niños casi, en Bilbao; a los doce años volvió ella a su pueblo, Guernica, y allí iba yo siempre que podía, a pasear con ella la sombra del viejo roble, del árbol simbólico. Y allí me casé. A mi mujer la alegría del corazón le rebosa por los ojos, y ante ella tengo vergüenza de estar triste. Un día, hace años, cuando me preocupaba lo cardíaco, al verme llorar presa de congoja, lanzó un «¡hijo mío!» que aún me repercute. Y ésta es mi tienda de campaña.

(Parece ser que la escena se produjo el 21 o el 22 de marzo de 1887, durante la crisis religiosa de Unamuno, que le quitó el sosiego interior y le alumbró *el sentimiento trágico de la vida*. Don Miguel matrimonió con doña Concha Lizárraga el 31 de enero de 1891, el mismo año que llegó Unamuno a Salamanca. El 30 de mayo de 1934 se le murió doña Concha, la maternal, amparadora, dulce compañera.)

Admirable, contradictorio, desgarrado, humanísimo y gigantesco Unamuno, con el niño fundamentador vivo siempre en lo más radical, sonante como el escrupulillo del cascabel, aunque no se vea. Y de ahí su bondad cimentadora, sus rabietas trascendentales, su poder desdeñarse sin trapacerías: no acababa de entender lo que necesitaba su sosiego. O, mejor, lo sentía—no siempre claramente—, lo vislumbraba sin poder realizarlo, aprehenderlo. En esta confesión del rector salmantino residen muchas explicaciones de la actitud humana de todos, menos de los segurísimos imbéciles: de los que no tienen tienda de campaña—raíces y refugios en la mujer—; de los que viven a la intemperie, durmiendo en cualquier umbral: los que apagan la sed en los charcos; de los que no necesitan de la clandestinidad y viven en la norma sin esclavitudes sensuales; de los desarraigados y sin la patria inicial del hogar, de la esposa, de la compañera, de la madre. Porque un sentidor—y todo hombre lo es mientras no se le seque la infancia en cinismo, en orfandad de sí—precisa de unos brazos donde llorar a veces la desesperanza sin culpa que da el mundo in-

justo, la impotencia de ver sin lograr, el pavoroso hecho de crecer y pasar sin remisión, la lucha con la sombra original, la necesidad de estar en claro, de superar la enfermedad y la muerte. Y salva oír ese *¡hijo mío!*—¿«viviendo toda falta, / muriendo todo sobra», Lope conmovedor?—, la protección de la madre que siempre hay en toda mujer verdadera, que si en ocasiones no comprende—¿comprendemos en cualquier momento los hombres?—, sabe sonreír, callar, investida de las fortalezas primeras y últimas: tradición y semilla, futuro. Aquel heterónimo machadiano inventor de la *Máquina de trovar* o aristón poético, Jorge Meneses, a pesar del «aditamento inútil o parte muerta de la copla», sacó a su artilugio mecánico—¡ay, corazón de don Antonio: «porque el que se burla, a veces se confiesa», que dijo Gracián, otro español de brasa y norma!— estos versos que no se pueden tomar a broma:

*Dicen que el hombre no es hombre
hasta que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser.*

Puede ser, ¿es chufra, desesperado encogerse de hombros, echarle desprecio a las lágrimas, pavorosa ignorancia?

La reacción de Maragall ante la confidencia unamuniana, consuela y fortalece, tan cordial y respetable es:

Siempre la última carta que recibo de Vd. me parece la mejor, pero en esta última de ahora hay un párrafo que me ha ido directamente al corazón como ninguna otra, y es aquel en el que me habla de su intimidad doméstica y de la compañera de su vida; es quizá, por lo muy metido, que yo vivo en la numerosa familia que me he hecho [tuvo 13 hijos] y porque yo también me casé por puro amor...

Y en otro momento de la misma carta de 7 de marzo de 1907:

Pero sea lo que fuere, aquel grito "¡Hijo mío!" que me refiere Vd., y cuyo eco me había estremecido ya las entrañas hacia el final de su *Amor y Pedagogía*, ahora al verlo tan vivo en su carta me ha llenado los ojos de lágrimas... y no a mí solo, también a la compañera de mi vida, que no es tan fuertemente serena como la de Vd., sino que en ella el amor extremado se le vuelve un continuo temblor por mí y por los hijos; y esa inquietud suya ha sido para mí una educación de serenidad.

Se ve que los contrastes son complementarios e imprescindibles para impedir el choque matrimonial desastroso. En el matrimonio

también opera el azar, suprema ley de la vida, por ahora. Y quien en el matrimonio acierta, en nada yerra, como se ha dicho con muy buen olfato y en cifra, porque una sociedad pacata ha dictaminado unilateralmente que hablar de lo que más nos importa es obsceno. Y de la casa—humanizada en hogar—, de la intimidad sagrada, sale la acción social de los hombres o su desmadejamiento, si bien casi todo sea problema de conocimiento—y nutrición—, más firme terreno para edificar y continuar que la corazonada, la pasión y los sentidos arrastradores, aunque también comunican. La razón humaniza—no esa razón seca de los que no quieren ver la verdad—, defiende, alumbra, asegura la continuidad. Sólo hay orden verdadero en el conocimiento—y vida humana—, lo otro es disciplina mecánica, necesaria en su punto. El resto suele ser literatura, y no de la mejor: reblandecimiento melodramático. O hambre de sexo y de comida. Se es más con mayor conocimiento. *Tener* más acaba en asunto de cantidad, no cualitativo, diferenciador, propio, si se reduce a las cosas canjeables por precio.

De ahí que el celibato—un desconocimiento de la vida familiar, en ocasiones sublimación del sexo, como del pensamiento dijo Platón adelantándose veinticinco siglos a Freud—; el celibato por vicio o por virtud, es un oponerse a la naturaleza. El célibe no entiende, por lo común, el complejo de la convivencia social, por carecer de familia propia, la que se hace, no la que nos da hecha. Y por lo mismo ciega la realidad con fantasías, sueños o dogmas sin ley a la altura del hombre. Quien no está pasado por una mujer maternal—los sucedáneos de la mujer, el virago, la hembra zoomorfa, la boa, la atiza locuras, pues las fantasmagorías quijotescas o petrarquistas suelen ser destructuoras en un sentido o en otro—, quien no esté casado—no apareado sin más—, tenga hijos de la carne o no, será un hombre en crudo, sin haber llegado a puntual madurez y altruismo. (Y conste que los dones no son propios, sino encontrados y, a veces, no merecidos. Decir a rajatabla que las cosas son así o asá—y más en este campo tan sutil y quebradizo, tan cambiante de pareja a pareja—resulta simplísimo, ganas de curarse con el bálsamo de Fierabrás.)

La inquieta, sensitiva compañera de Maragall—doña Clara Noble, con quien casó en 1890, hija de inglés y de andaluza jerezana, de diecisiete años entonces—, le obligó a mayor serenidad, según nos advierte:

Para aquietarla he tenido que afectar a veces mayor despreocupación de la que sentía por mi salud [Maragall—13 años mayor que Clara—nació en 1860, murió en 1911], y ejercitar un dominio sobre

mí mismo ante un riesgo que amenazara a los pequeños o a ella misma, y esta afectación y este ejercicio han generado en mí una segunda naturaleza..., hasta cierto punto.

Como se advierte, el amor es capaz de crear una segunda naturaleza. Cuando menos tiene fuerza y alegría para depurar la primera, la insoslayable e impuesta, en la que nos embarcan a ser gastándose, única forma de realizarse. Recordemos para valorar las preciosas y honestas intimidades tan válidas a fin de entender —y respetar— lo humanismo de la obra de ambos hombres, que Maragall murió a los cincuenta y uno años, cuatro después de estampar las palabras que recogemos. (Rubén a la vista de los cuarenta y nueve. Don Miguel a los setenta y dos.)

El 29 de noviembre de 1913 —desde Valldemosa, en Mallorca—, Rubén Darío escribió una carta desolada —prosa y turbiedades, como se habla en la desesperanza— a su amigo Julio Piquet, ante la que nos colocamos respetuosa y doloridamente.

En otra ocasión —«Epístola», dirigida a la señora de Leopoldo Lugones, de tan desastrada muerte él, y en el magnífico poema «La cartuja»— sangró ya dramáticamente desde Mallorca, la isla que le enamorase. (En Mallorca estuvo dos veces Rubén —1906/1907 y 1913/1914— en casa del matrimonio Juan Sureda y Pilar Montaner, pintora: «Los olivos que tu Pilar pintó son ciertos».)

En «Epístola», poema autobiográfico y estremecedor, recogido en *El canto errante*— 1907—, se lee:

La neurastenia
es un don que me vino con mi obra primigenia.
¡Y he vivido tan mal, y tan bien, como y tanto!
¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!
¡Y tan buen bebedor guardo bajo mi capa!
¡Y he gustado bocados de cardenal y papa...!
Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces,
que estoy grave...

aunque dijese que era mucho ruido y pocas nueces doctores de «una sapiencia suma». Y prosigue, con implacable lucidez:

A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,
y las ingratitudes. Mi maldita visión
sentimental del mundo me aprieta el corazón,
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
Por eso los astutos, los listos, dicen que